



ALFONSO CALDERON

NERUDA

EL POST INMORTAL DE ISLA NEGRA

No sé por qué, ahora, lo primero que viene a la memoria, volcándose en ella, es una enorme rama amarilla en un jarrón de Isla Negra. Lo acompañaba siempre la memoria del aroma, ya rubios de los campos de Loncoche, cuando sentía que él era sólo un "mínimo ser", totalmente "ebrio del gran vacío"; ya venidos de Valparaíso, de un cerro o de varios. Lo escribió, más tarde o más temprano: "sería amargo el mundo/ en el viaje invernal, en el sin fin,/ en el crepúsculo deshabitado,/ si no me acompañaba cada vez,/ cada siempre,/ la sencillez central/ de una rama amarilla". Uno con la tarde, en medio de la esplendidez amarilla de esta pieza de la casa de Isla Negra, toda brillo, voltereta, puliendo el anochecer que ya habría de sobrevenir.

Esa casa se hizo primero en el vacío y, palo a palo, piedra a piedra, mano a mano, fue ciñéndose a la costumbre de un reino. Ahí, pasaba el tiempo, Pablo Neruda: entraba a su dormitorio o escribía en esas hojas luminosas, de vivos colores, con el lápiz verde. Siempre lo recupera-

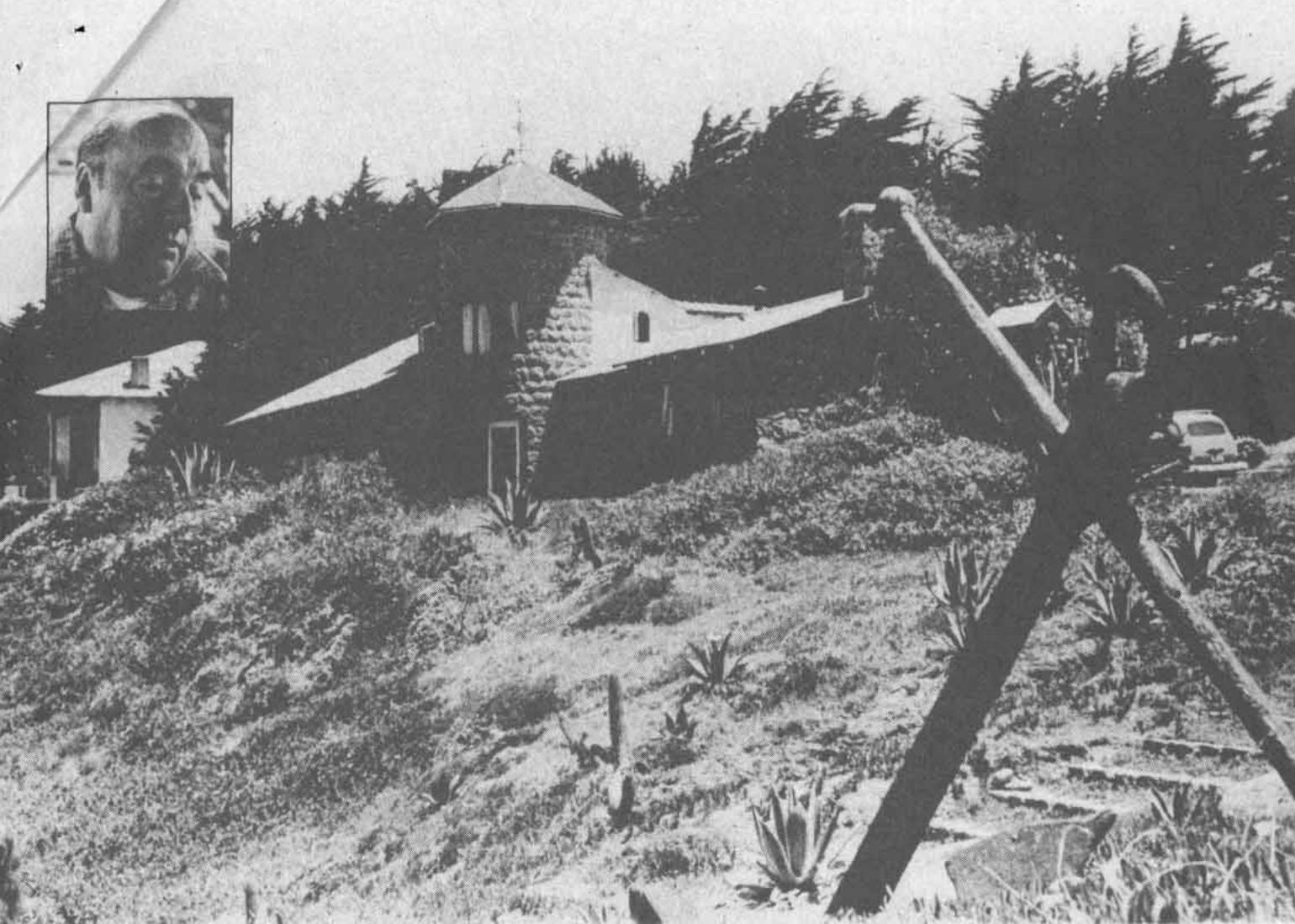
mos en el tiempo, cuando el tú y el yo jugaban a esconderse en un ir y venir de las horas, entre lutos y alegrías. La casa se hizo al igual que el hombre. Fue como en aquel verso dispuesto a contenerlo todo "pero tú ya no fuiste, vino el otro,/ el otro tú, y el otro hasta que fuiste". ¡Qué de amistad y qué de días!

El tema de hoy es uno, pero las flechas se cruzan en el camino. Ningún asunto es único, y Neruda cruza con pie firme y alegría, demoliendo los estatutos o los horarios. Sí, el tema es Valparaíso. Recuerda la casa de aquel cerro en donde aguardó poder salir de Chile, en un salto de barón de Münchaussen, después de aquel "Yo acuso" que lanzó a Gabriel González Videla desde el Senado. Miraba los cerros —cuenta— y los retenía como las cuentas de un rosario. Veía encenderse las primeras luces y vuelta a contar. "Era el relámpago más puro, y otra rama de aroma, inmensa y amistosa". Por momentos soñaba en cruzar, a lomo de una oca voladora, como Nils Holgerson, todo el cielo de Valparaíso, convertido en el "cometa

Pablo" y/ diz que los hombres de la vida sencilla cuidaban de él, sin pausas.

"¿Qué haberme llevado de todo eso?". "Nada más que un conjunto de escaleras de los cerros de Valparaíso". Y nos pusimos a hablar, mientras anochecía. De ciertas escaleras de los cerros Mariposa y Cordillera, del ascensor del cerro Polanco, de las casas de Camilo Mori. Y me describió, línea por línea, las grabadas de aquéllas que se empinaban en El Litre, en el de Concepción, en el Retamo, en Barón, por la subida Yolanda. "No hay dos iguales. Desde el altivo, con aire de bucanero, venido de las Antillas, a todos los que son como perros pobres, raquícos, príncipes de la escoria, traje de remiendos y yerbas y humedades".

Me pasa una hoja, y ya no sé si era un inédito o el fragmento de un texto impreso, cuando se detuvo a hablar de ese "polaco orgulloso que alisaba el coraje como una piel de caimán", de Joseph Conrad. Lee como Neruda, desdoblándose con el fin de ser él mismo en aguas suyas:



Daniel de la Vega, leído en tanto los moscardones zumbaban en el muelle de Puerto Saavedra, en un verano que recuerda a Laura Pacheco. Y Rilke, descubierto ya con el pie puesto en el tren, rumbo a Santiago. “Ese es un amor más fuerte que la muerte”. De pronto, todo era Papini, el insurrecto, el rival de Dios, el inquietante enemigo de los sistemas, el que se forjaba una idea de Dios como quien mete en la fragua una espada de esas hechas para dividir y para reinar. Leonidas Andreiev, y *La risa roja*, *Los siete ahorcados* y, sobre todo, flor de flores, *Sachka Yegulev*. Es un comienzo excelente para avivar la pólvora,

“Las escaleras parten de abajo y de arriba y se retuercen trepando. Se adelgazan como cabellos, dan un ligero reposo, se tornan verticales. Se marean. Se precipitan. Se alargan. Retroceden. No terminan jamás”. Neruda cree —y así lo dijo más de una vez— que, tras haber caminado todas las escalas de los cerros de Valparaíso, es posible dar la vuelta al mundo.

Por la mañana, el asunto tiene sus bemoles. Me pasa dos espadas de

madera y me explica las reglas del gran duelo. ¿Motivo? Las lecturas de infancia. Callo las mías para reproducir sus opiniones. Siempre amó los libros de quita y pon, pero algunos; sin duda, como en un dibujo de Doré con el tema de la muerte de Don Quijote, vuelven. Sí, *Manzana de Anís*, de Francis Jammes. “Tiene —dice— el encanto de un puñado de arvejas que se desvainan con calma en la cocina de la casa de Temuco”.



el cuchillo, la dinamita y el fuego sobre los campos del señor, de aquel que merece el odio. Andreiev fue —dice Neruda— “el estatuto más severo del odio social”.

Sí, él —como el ruso— aspiraba a ver saltar por los aires a los burgueses, y quería que comenzaran la gran danza en Temuco mismo, en el lugar en donde, por las noches, en el invierno hosco y feroz, puestos los ojos en el cerro Ñielol, arriba, los antepasados mapuches combatían gloriosamente en las guerras del tiempo con el fin de no perder el hábito belicoso. No quedaría nada de Temuco, ni siquiera el Liceo, aunque sí la biblioteca y algunos profesores, como Ernesto Torrealba, que hablaba a los niños de sus viajes por el mundo, dejando caer una maravillosa fosforescencia. Venecia o París, los “hermosos barrios”, el surrealismo, la noche bohemia, Nerval. No callaba los goces del viaje, y los alumnos soñaban con el mundo.

Neruda confiesa su “apetito de romano” para los libros curiosos. Para los libros. Para *todos* los libros. ¿A cuáles de ellos le gustaría volver, metiéndose en la página como si fuese un gran vientre materno? Sin duda, al capitán Marryat, paladín de las gracias; y a Mayne Reid, y a Karl May, y tal vez al gran

Salgari, en medio de la noche oceánica de Temuco. Neruda se rasca ligeramente el párpado derecho. Da la impresión de obligarse a mantener el ojo abierto, único, porque llega la hora de no olvidar nada; ni un párrafo, ni un mito, poniendo en algún sitio el *kriss*, los golpes mortales y secos de los *thugs*, la pomposa suficiencia del señor que viaja a lomo de elefante o de quien sortea una tormenta y el monzón en el Océano Indico.

Toma la silla basta, la mueve un poco; pero yo sé que está ordenando las ideas, en verdad, y la silla es sólo el pretexto. “Eran espléndidas historias, todas ellas. Ocurrían como un sueño, y la infancia corroboraba en ellas, uno por uno los deseos plurales, los amores lentos y eternos. Sí, se trataba de llevar siempre a cabo alguna enorme y descomunal hazaña. Y qué alegría mayor, la que venía de los viajes por lugares esplendorosos. Echarse a andar con el héroe por el desierto de Gobi, huyendo de unos malayos que aguardan al héroe para matarlo, saltando sobre él desde un baobab, o viviendo una vida en una isla sin nombre, o remontando el Cabo de las Tormentas, o yéndose a Siberia con el fin de saber qué fantasmas se ocultaban en las nieves. ¿Te acuerdas de

El rayo verde, esa novela inquietante de Julio Verne?”.

Una copa de vino, extraída de una hermosa botella. ¿Acaso un licor preparado con las recetas dadas por Kubla Kahn a Marco Polo? “Era —continúa— la más soberbia bisutería literaria, pero no eran falsas las perlas para la corona de cada uno de nosotros. Tal vez habríamos de concebir las joyas perfectas para la Perla del Labuán, pero ya estaban allí, dormíamos teniéndolas entre las manos para que ningún ladrón se alzase con ellas, los libros de aventuras consolaban por la vida de topo que uno llevaba en medio de los relámpagos de Temuco”.

La conversación salta. Me pregunta si conocí en Temuco el cine de los Tupper; si viajé a Carahue, en el tren lento que parecía llevar a los pasajeros a una aventura innarrable y enorme. A veces su padre, con el fin de complacerlo, lo hacía detener un par de minutos, para que el niño Neruda se metiese en el bosque, al lado de la línea del ferrocarril, invadidos los durmientes por las flores amarillas. Música: *Indostán*, *Langosta*, *Melenita de oro*. Su amigo Alejandro Serani Burgos le ayudaba a preparar el examen de matemáticas, que sin él sería un fracaso.

Isla Negra. Quiere un día dormir allí, “entre los párpados del mar y de la tierra”. Ya nos hemos librado ahora, luego de su muerte, de que la pintaran con los frutos de la estética militar. Que fuera vivac, punto fijo del furriel o parque de ejercicios para “caraspintadas”. Ya es otro tiempo, y no haremos caso a sus recomendaciones (“Ahora me dejen tranquilo./ Ahora se acostumbren sin mí”).

Antes de cerrar los ojos, se dio a pensar en cinco cosas. Y vamos por partes: “el amor sin fin”, “ver el otoño” y “el grave invierno”, sin excluir “el verano redondo como una sandía”. La quinta cosa “son tus ojos,/ Matilde mía, bienamada”. En el *Canto General* dejó dispuesto todo: “Compañeros, enterradme en Isla Negra,/ frente al mar que conozco, a cada área rugosa/ de piedras y de olas que mis ojos perdidos/ no volverán a ver...”.

Hemos vuelto a ganar el derecho a la vida.